



ACERCA DE LOS SENTIDOS DE LA PALABRA "MISTICA"

BALDOMERO JIMENEZ DUQUE

He aquí una palabra muy usada con significados múltiples, y con valoraciones contradictorias. Lo mismo sirve de elogio que de insulto. Se utiliza por creyentes y por incrédulos. Pero etimológicamente ofrece una nota, que, más o menos, conserva siempre en todas las acepciones que recibe: la de algo oculto, secreto por consiguiente. Viene del griego μύω, μυέω = cierro la boca, estoy cerrado. De ahí se deriva μύσσις, μυστικός, μυστήριον, *místico*, *misterio*, *sacramento*. Algo arcano, *misterioso*, según un adjetivo muy expresivo y vulgarizado.

Μυστικός como calificativo humano se manejó abundantemente por los adeptos y escritores de las religiones "de misterios", que pululan en torno a los comienzos de la era cristiana por todo el mundo grecorromano. De esa literatura la tomaron después sin duda los autores cristianos. Pero en el Nuevo Testamento nunca se encuentra. Sí, por el contrario, la palabra μυστήριον, que se encuentra varias veces en San Pablo. Y siempre con sentido religioso, cargado de resonancias nuevas que cubren una realidad asombrosa y difícil de captar por los hombres, mejor dicho, de dejarse captar por ella. Su traducción sencilla y corriente es la de *misterio* y la de *sacramento*. Sin embargo, la misma aplicación de los vocablos a los múltiples aspectos de esa



compleja realidad se hace según matices diversos. Acerca de algunos de ellos querría hablar en este trabajo.

* * *

Dios ha hablado a los hombres de muchas maneras. Y esa palabra divina ha quedado consignada en parte en unos cuantos libros inspirados, la "Escritura sagrada". Esa Escritura puede ser leída e interpretada según claves diversas: son lo que llamamos "sentidos" de la misma.

El sentido *literal* e inmediato es el que, según el género literario propio del libro de que se trate, está ahí, en la corteza de su lectura. Este sentido es básico y nunca se puede perder de vista al tratar de entender esa palabra divina. Digo, según el género literario de cada libro, y por consiguiente teniendo bien en cuenta las figuras literarias correspondientes a los mismos. Toda la topología entra aquí en juego si queremos hacer hermenéutica exacta de esos textos. Y sin olvidar nunca el genio particular de las lenguas semitas y de la lengua griega en que se escriben.

Pero no basta todo esto, con ser mucho y no fácil. Envuelto en ese sentido literal, con sus datos históricos, con sus mitificaciones y alegorías, etc., se encierra un sentido, que llamaremos de momento *espiritual*. Es decir, Dios ha querido ofrecernos una revelación, la revelación de sus designios de amor sobre nosotros, su plan salvífico, que se centra y consume en su Hijo hecho hombre, en Jesucristo. Esa revelación es una enseñanza, una doctrina, contenida en una historia, que mira hacia atrás (Antiguo Testamento) y que mira hacia adelante (Nuevo Testamento). El Antiguo Testamento nos ofrece una *tipología*, que descubren los libros del Nuevo y la tradición eclesial: Adán tipo de Jesucristo; Abrahán y su hijo Isaac (no Ismael) tipo de los que recibimos la fe y la vida por Jesucristo; la liberación de la esclavitud de Egipto del pueblo Israel y la liberación del pecado para todos los hombres; el paso del mar rojo y el bautismo; el maná y la Eucaristía; la serpiente de bronce y Jesucristo en la cruz; Moisés y Jesucristo; etc., etc. Tipos, figuras proféticas, que se realizan en la nueva Alianza y la iluminan.



Luego, ese Nuevo Testamento, además de recoger toda esa tipología veterotestamentaria y proyectarla en la obra de Jesucristo, nos dice todo el secreto de amor divino que es ese mismo Jesucristo para nosotros, y lo contempla hasta más allá del tiempo, escatológicamente.

Todo ese sentido pleno, escondido bajo la letra de la Escritura, es un sentido espiritual, misterioso evidentemente, *místico*. Es la "veracidad" interior y profunda de la Escritura santa.

Para poder conocerle es absolutamente necesaria la iluminación del Espíritu Santo, que ha inspirado esos documentos. Iluminación de base que todo bautizado ha recibido por la fe, unción del Espíritu (1 Jn. 2,20 y 27; 2 Cor. 1, 21; Hb. 8,11...). Fe iluminante, que se recibe y vive en la Iglesia, que, con el carisma de su magisterio auténtico, la controla y protege.

Todos esos sentidos escriturísticos fueron conocidos por los Padres. Es célebre la división de los cuatro (o cinco) sentidos que hace Orígenes. Se suele repetir, con una simplificación exagerada, que la escuela antioquena cultivó más el sentido literal y la alejandrina el espiritual o místico. Ello no es del todo exacto. Los alejandrinos también se fijaban en el literal. Así como los antioquenos supieron explotar al máximo a su vez las riquezas espirituales y morales de la Escritura (piénsese en un San Juan Crisóstomo). Pero cierto que en conjunto la exégesis alejandrina, sobre todo con el gran Orígenes, gusta adentrarse audazmente por esas veredas difíciles de los sentidos místicos de la palabra divina. La exégesis medieval prolonga después la exégesis según todas sus maneras. A veces se pierde en complicadas alegorías y en acomodaciones demasiado subjetivas¹.

Pero ese conocimiento y gustación del sentido espiritual místico y pleno es el que maneja también el gran místico del cristianismo San Juan de la Cruz. "Si la mística de San Juan de la Cruz no fuese una mística de exégesis espiritual, ¿qué sería su experiencia cristiana desde el momento que

1. J. DANIELOU, *Sacramentum futuri. Etudes sur les origines de la typologie biblique*, París, 1950. H. DE LUBAC, *Histoire et Esprit. L'intelligence de l'Écriture d'après Origène*, París, 1950. ID., *Exégèse médiévale, les quatre senses de l'Écriture*, 4 vols., París, 1959-1964.



él parece ignorar los sacramentos? ¿Cómo se diferenciaría de una mística natural? El valor de la mística de San Juan de la Cruz se apoya, al menos en gran parte, sobre la legitimidad de su exégesis; es más, cuando es exegeta es cuando es verdaderamente grande; su mística trinitaria reposa toda entera sobre su exégesis”². San Juan de la Cruz no ignora la liturgia, vive por el contrario intensamente la Eucaristía. Sin embargo el “sentido litúrgico”, o sea el análisis reflejo de la liturgia, está casi ausente de su obra, como en general ocurre con todos los espirituales de su tiempo. Pero ciertamente es en la Biblia donde él se apoya y se refugia principalmente para hablarnos de su experiencia y su doctrina acerca de la vida mística cristiana. San Juan de la Cruz (y esto no se ha subrayado quizá suficientemente por sus comentadores) es la *tipología bíblica* lo que precisamente más emplea en sus tratados mistagógicos. El ve en los sufrimientos y noches y en los gozos de salmistas y profetas tipos misteriosos de las purificaciones hórridas y de las alegrías exultantes del alma cristiana que real y místicamente entra así a participar en profundidad del misterio pascual de Cristo, en su anihilación de muerte y en su resurrección de gloria. En esto está el fuerte de la exégesis mística de San Juan de la Cruz. Y esto es lo esencial de sus enseñanzas, perfectamente coherentes con el mensaje bíblico y patristico del misterio cristiano, por más que él lo revista todo de un sicologismo turgente, muy humano y muy real al mismo tiempo. Al fin y al cabo el misterio cristiano se realiza en nosotros, consiste en ser “cristos vivos” con Jesucristo por el Espíritu Santo en el abrazo del Padre³. Luego insistiremos sobre ello.

Sentido místico de la Escritura: él nos revela el misterio que ella nos entrega, y él mismo nos dice que toda esa Escritura, Palabra de Dios, forma parte del misterio. Toda la sagrada Biblia es un puro documento místico.

* * *

2. D. BARSOTTI, *Vie mystique et mystère liturgique*, París 1954, p. 38.
3. J. VILNET, *Bible et mystique chez Saint Jean de la Croix*, París 1949.



La Liturgia es esencialmente *mistérica* o *sacramental*, es decir *mística pura*. Porque la Liturgia es precisamente *la participación sacramental de la Iglesia en el misterio pascual de Jesucristo*.

La Iglesia es el pléroma o complemento vital de Jesucristo. Forma con El el Cristo total. Por eso participa de su sacerdocio y por ende de la misión mediadora del mismo entre el Padre y los hombres. En la Iglesia Jesucristo glorioso presencializa y actualiza en el tiempo esa misión mediadora sacerdotal suya. Para lo cual ha merecido a aquella e incesantemente le envía su Espíritu. No es que la Iglesia prolongue o sustituya o represente a Jesucristo, es que es el mismo Jesucristo misteriosamente presente y actuante. Por eso la Iglesia es el *Sacramento* primario de esa presencia y de ese dinamismo divino-humano del Señor. (Por lo tanto rechazar esa mediación de la Iglesia es rechazar la mediación de Jesucristo, porque es la misma).

Esa vida vivificante se manifiesta y expresa luego de muchas maneras. Toda la actividad eclesial es vibración de esa mística realidad. Pero en la Liturgia tiene su momento más fuerte. Porque ella es la fórmula viva de entrar la Iglesia, la comunidad eclesial que integramos los hombres, en el misterio pascual de Cristo, *sacramentalmente*. Es decir, a través de signos humanos, que el Santo Pneuma utiliza para que participemos, para que vivamos en esa vida nueva, que nos cristifica, que nos deifica.

No perdamos de vista que esa mediación salvífica de Jesucristo se centra en la ofrenda sacerdotal de sí mismo, en su sacrificio. En ese sacrificio que El comienza a vivir desde el instante mismo de su encarnación (Salmo 41, 8 ss; Hb. 10, 4-10), y que culmina en la inmolación del calvario, para prolongarse eternamente de manera gloriosa en los cielos desde la resurrección. "Fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación" (Rom. 4, 25). Y no olvidemos que ese sacrificio se hace místicamente nuestro en la celebración de la Eucaristía. Por eso se comprende que la Eucaristía, y los otros sacramentos que la envuelven, preparándola como el bautismo, o llevando sus consecuencias a todos los aspectos del vivir humano, se comprende que sean los "sagrados misterios", los signos místicos, los signos



sacramentales por antonomasia, que expresan y contienen esa pascua de Dios en su Cristo, los gestos misteriosos que dan el misterio. Desde el pseudo-Dionisio así se les suele llamar.

La Liturgia es mística. Mistéricamente Jesús y su Espíritu están allí, actuando. Su misterio de muerte y de vida allí, no sólo se nos aplica, sino que se presencializa en el tiempo, en el espacio temporal en que ahora vivimos dentro de la eternidad de Dios, pero no temporalmente ni espacialmente, sino místicamente, mistéricamente. Real pero misteriosamente. Nuestra Liturgia es terrestre, pero vitalmente unida a la celeste. Encierra las realidades salvíficas "ya" realizadas, y las realidades escatológicas "aún no" consumadas. Nos instala en el misterio mismo de Dios en su Cristo por el Espíritu.

Es verdad que la Liturgia no agota toda esa viva actuación de la pascua de Cristo por medio de su Iglesia y en su Iglesia. La presencia y actuación del Espíritu no está atada y limitada por la Liturgia. Pero ella es el elemento primario realizador y expresador de la misma. La evangelización será metodológicamente antes. Y la actividad social caritativa se seguirá como consecuencia absolutamente necesaria después. Pero en sí, la Liturgia, en concreto la Eucaristía, es donde primaria y principalmente nos alcanza esa pascua divina. Por eso la Eucaristía centra a la Liturgia, y es el centro de la vida toda de la Iglesia. De ella dimanan, podemos decir, y a ella se dirigen todos los demás carismas divinos, porque, repitámoslo, la celebración de la Eucaristía es la presencialización y actualización sacramental en la Iglesia peregrinante del sacrificio sacerdotal de Cristo, sacrificio que nos ha merecido *todos* los demás carismas que el Espíritu Santo nos regala ⁴.

* * *

Pero es la realidad misma de nuestra deificación, por nuestra cristificación, lo que es ónticamente *misterio, místico* en sí mismo.

4. O. CASEL, *Die Liturgie als Mysterienfeier*, Friburgo, 1922. B. JIMÉNEZ DUQUE, *Teología de la Mística*, Madrid, 1963, p. 174-192. *Liturgie et vie spirituelle*, en DSp 9 (París, 1976) 873-939.



San Pablo ha empleado esa palabra *misterio* (secreto) con frecuencia (así por ejemplo Rom. 11, 25-26; 1 Cor. 15, 51; Ef. 5,32; 2 Tes. 2,7...). Pero es cuando la utiliza para designar el "misterio de Cristo" por antonomasia como nos interesa aquí. He aquí unos textos capitales: "A Aquel que puede consolidaros conforme al Evangelio mío y la predicación de Jesucristo: revelación de un Misterio mantenido en secreto durante siglos eternos, pero manifestadô al presente, por las Escrituras que lo predicen, por disposición del Dios eterno, dado a conocer a todos los gentiles para obediencia de la fe"... (Rom. 16, 25-26).

"...dándonos a conocer el Misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano..." (Ef. 1,9).

"Según esto, leyéndolo podéis entender mi conocimiento del Misterio de Cristo; Misterio que en generaciones pasadas no fue dado a conocer a los hombres, como ha sido ahora revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles sois coherederos, miembros del mismo Cuerpo y partícipes de la misma Promesa en Cristo Jesús por medio del Evangelio, del cual he llegado a ser ministro, conforme al don de la gracia de Dios a mí concedida por la fuerza de su poder" (Ef. 3,4-7).

"... y también por mí, para que me sea dada la Palabra al abrir mi boca y pueda dar a conocer con valentía el Misterio del Evangelio, del cual soy embajador entre cadenas, y pueda hablar de él valientemente como conviene" (Ef. 6, 19-20). "... de la cual he llegado a ser ministro, conforme a la misión que Dios me concedió en orden a vosotros para dar cumplimiento a la Palabra de Dios, al Misterio escondido desde siglos y generaciones, y manifestado ahora a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este Misterio entre los gentiles, que es Cristo entre vosotros, la esperanza de la gloria"... (Col. 1, 25-27).

Es cierto que en estos textos el apóstol acentúa como especialmente misterioso el que los gentiles hayan sido llamados a la salvación en Cristo; podríamos decir, el que esa salvación sea universal, para todos los hombres. Y que él, Pablo, ha sido elegido de manera especial para proclamar y



ser evangelizador de esa vocación de los gentiles al Evangelio. Pero en el fondo el misterio divino está en ese dárse-nos Cristo a todos a fin de que nosotros seamos en El y con El cristos, ungidos, hijos en el Hijo, y así deíficos, participantes de la vida divina, “consortes de la divina naturaleza” (2 Pt. 1,4). Es lo que, sin emplear la palabra “misterio”, enseñará San Juan incesantemente: *vivir* en Cristo, *permanecer* (menein) en Cristo (muy de Juan), *ser* Cristo.

Este es el gran arcano, escondido de siglos, y desvelado a los hombres cuando llegó la plenitud de los tiempos, cuando el Verbo se hizo carne, y consumó la revelación de ese plan maravilloso de amor de Dios sobre nosotros. Dios ha querido que participásemos de su misma vida divina, que fuésemos verdaderamente hijos suyos. Y por eso que entrásemos a la parte de la filiación de su Verbo. Porque en Dios no hay más que un Hijo, ni puede haber más hijos: el Verbo agota la infinita paternidad del Padre. Por eso, el Verbo se hizo hombre, hermano nuestro, y nos inserta vitalmente en El, como los sarmientos en la cepa de la vid, para que por El, en El y con El recibiésemos savia divina, vida divina, caridad divina. Hijos en el Hijo y con el Hijo⁵. “Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a El. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a El, porque Le veremos tal cual es” (1 Jn. 3,1-2). Cristos con el Cristo, con el Ungido. Su misma unción se extiende a nosotros, y nos cristifica y nos deifica. “Y es Dios el que nos conforta juntamente con vosotros en Cristo y el que nos ungió, y el que nos marcó con su sello y nos dio en arras el Espíritu en nuestros corazones” (2 Cor. 1,21-22). “Cuanto a vosotros teneis la unción del Santo” (1 Jn. 2,20; 2,27).

Este es el misterio: que somos “cristos vivos”, y todos formamos con Jesucristo el Cristo completo, total, siendo así con El el santuario de la divinidad, el *qahal* de Dios, que anima el Santo Pneuma, para gloria de Dios Padre.

5. Cfr. Fernando OCARIZ, *Hijos de Dios en Cristo. Introducción a una teología de la participación sobrenatural*, Pamplona 1972, especialmente pp. 93-111.



Esto es todo: "Hijos de Dios, hermanos del Verbo hecho carne, de Aquel de quien fue dicho 'en El estaba la vida y la vida era la luz de los hombres' (Jn. 1,4). Hijos de la Luz, hermanos de la luz: eso somos"⁶. Profundizar en el conocimiento y en la realización de ese encuentro y de esa vida es en lo que consiste nuestra relativa perfección, la santidad cristiana. Tarea divina, en la que El quiere que nosotros cooperemos. Para eso son sus gracias sacramentales y extrasacramentales, para eso nuestra ascesis humilde y nuestra proyección caritativa iluminada.

Decía antes que nuestra identificación mística con Jesucristo nos constituía con El en el santuario de Dios. Su Humanidad santa y su sombra viva la Iglesia son ese templo divino. Y ello lleva consigo que nosotros seamos también ese santuario. El misterio del templo se concretiza y personaliza en todos y cada uno de los cristianos. "...Si alguno me ama guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él" (Jn. 14,23). "¿No sabéis que sois santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el santuario de Dios, Dios le destruirá a él; porque el santuario de Dios es sagrado, y vosotros sois ese santuario" (1 Cor. 3,16-17). "¿O no sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis?" (1 Cor. 6, 19). Es ese aspecto del misterio cristiano que llamamos "inhabitación de Dios" en nuestros corazones. Pero tengamos cuidado con la imaginación.

Porque aquí no se trata de adentrarse por espacio cuantitativos y materiales. Se trata de un proceso de encuentro, de unión, de presencia, de vida. Un proceso que desde nuestra sicología, limitada y compleja, parece revestir un como doble movimiento: del hombre (llamado y tocado por Dios) a Dios, y de Dios al hombre.

Dios presente con sus efectos creantes: *presencia existencial* en el hombre. Esa presencia explica la existencia humana, y que ésta sea imagen de Dios (inteligencia, liber-

6. Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, Madrid 1974, n. 66. Sobre la doctrina espiritual del autor en este punto, cfr. Pedro RODRÍGUEZ, *La economía de la salvación y la secularidad cristiana*, en *ScrTh* 9 (1977) 50-69.

tad, etc.). Y luego *presencia deificante*, al ser el hombre insertado en Cristo, la imagen visible y viva de Dios invisible, al participar así de la vida divina.

Esto supuesto (y las mociones divinas correspondientes) el hombre está en Dios y Dios en El, como Padre, como amigo íntimo, como esposo divino, como vida de su vida. El hombre está "in sinu Patris", en el abrazo de fuego del Padre y del Hijo, en la llama del Espíritu Santo.

Por eso ese doble movimiento de interiorización, de abismación en Dios, en que el hombre encuentra, a la luz de la fe, a Dios en su corazón, entrando en sí (en-tasis), y en que el hombre, saliendo de sí mismo (ex-tasis), se encuentra en Dios.

San Agustín hizo célebre este ir el hombre hacia Dios, llevado por Dios, para más y más en sí mismo encontrarle. "¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que Tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Me retenían lejos de tí aquellas cosas que, si no estuviesen en tí, no serían. Tú estabas dentro de mí, más interior a mí que lo más íntimo mío. Que mi alma te busque para que viva porque si mi cuerpo vive de mi alma, mi alma vive de Tí, vida de mi alma... ¿Quién me dará descansar en Tí? ¿Quién me dará que vengas a mi corazón y le embriagues, para que olvide mis maldades y me abrace contigo, único bien mío? Angosta es la casa de mi alma para que vengas a ella: sea, pues, ensanchada por Tí, está ruinosa: repárala"⁷.

Es lo mismo que ha enseñado y subrayado San Juan de la Cruz: "¿Qué más quieres, oh alma, y qué más buscas fuera de tí, pues dentro de tí tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción, tu hartura y tu reino, que es tu Amado, a quien desea y busca tu alma? Ahí le desea, ahí le adora y no le vayas a buscar fuera de tí; porque te distraerás y cansarás y no le hallarás ni gozarás más ciertamente, ni más pronto, ni más cerca que dentro de tí. Sólo hay una

7. *Confesiones*, X, 27,38; III, 6,11; X, 20,29; III, 6,10; I, 5,5-6. José RIVERA - José María IRABURU, *La Inhabitación de la Trinidad*, Burgos 1977.



cosa, y es que aunque está dentro de tí, está escondido. Pero gran cosa es saber el lugar donde está escondido para buscarle allí a lo cierto... Pero todavía dices: Pues está en mí el que ama mi alma, ¿cómo no le hallo ni le siento? La causa es porque está escondido y tú no te escondes también para hallarle y sentirle; porque el que ha de hallar una cosa escondida, tan a lo escondido y hasta lo escondido donde ella está ha de entrar, y cuando la halla él también está escondido como ella. Tu Esposo amado es el tesoro escondido en el campo de tu alma... ¡Ea, pues, alma hermosa!, ya que sabes que en tu seno tu deseado Amado mora escondido, procura estar con El bien escondida, y en tu seno le abrazarás y sentirás con afecto de amor"⁸.

Esta ha sido también la doctrina insistentemente repetida y vivida por Isabel de la Trinidad: "Yo creo que mi misión en el Cielo ha de consistir en atraer las almas al recogimiento interior, ayudándolas a salir de sí mismas para adherirse a Dios con un sencillo movimiento de amor, y procurando mantenerlas en ese profundo silencio de su interior que deja a Dios imprimirse en ellas y transformarlas en El"⁹.

Pero es en Santa Teresa de Jesús donde el doble movimiento de éntasis y éxtasis se halla mejor registrado. (Insisto, en realidad es un mismo y sencillísimo proceso de unión vital, transformante, entre Dios y el hombre, psicológicamente pensado y experimentado de esa doble manera por este último).

"Parecióme se me representó como cuando una esponja incorpora y embebe el agua, así me parecía mi alma que se hinchía de aquella divinidad y por cierta manera gozaba en sí y tenía las Tres Personas.

También entendí: "No trabajes tú de tenerme a Mí encerrado en tí, sino de encerrarte tú en Mí".

Parecióme que de dentro de mi alma —que estaban y vía yo estas Tres Personas— se comunicaban a todo lo criado, no haciendo falta ni faltando de estar conmigo"¹⁰.

Y la famosa poesía, que explicaba la frase que sintió en su alma y que dio lugar al *Vejamen* de 1577:

8. *Cántico*, 39,7.

9. *Recuerdos*, 2.^a ed., Tolosa, 1929, p. 284.

10. *Cuenta de Conciencia* 15, Avila, 30-VI-1571.



“Alma, buscarte has en Mí,
y a Mí buscarme has en tí.”

Los grandes místicos son los que mejor han captado este *misterio* cristificante y divinizante del hombre, y, como han podido, lo han intentado balbucir.

* * *

Porque ese *misterio* nos ha sido revelado, es decir, Dios ha querido que tengamos conocimiento del mismo. Lo ha proclamado la Escritura y la Tradición viva de la Iglesia. Un conocimiento que se tiene a la luz de la fe, en ese claro-oscuro de la fe. Un conocimiento que puede ser más o menos penetrante y luminoso. Por eso surgió pronto una distinción, en parte neotestamentaria y judeo-cristiana y en parte helénica, entre un conocimiento de fe elemental y corriente y un conocimiento más perfecto y por lo mismo más para pocos, más o menos exotérico: conocimiento de *fe sencilla* y común, y conocimiento de *gnosis*.

Los alejandrinos, y el mismo San Ireneo, pusieron en circulación esa distinción y esa terminología. Y la palabra *mística* se empleó para designar ese conocimiento gnóstico. Así, por ejemplo, Orígenes. Luego casi todos los Padres griegos, con unos u otros matices, lo siguieron utilizando. El seudo-Dionisio, lo consagró con su *De mystica theologia*. Y toda la literatura de después, griega y latina, más aún esta última que aquélla. Se trata, pues, de un conocimiento de Dios *teológico*, en el sentido primitivo de la palabra, es decir, de un conocimiento intuitivo, amoroso, sabroso, experimental... Hemos llegado a una vertiente del misterio que se hace problema de sicología sobrenatural. Terreno resbaladizo. Y no quisiera yo entrar en él. Únicamente apuntar unas cuantas reflexiones que pudieran servir para orientar en ese campo, blando e impreciso de la sicología.

Decíamos que el misterio de nuestra deificación se realiza por nuestra cristificación. Esa realidad mística se vive por nosotros. A través de nuestros mecanismos psicológicos, hasta de nuestra corporeidad. El hombre es el hombre. Y es todo el hombre el que queda cristificado y deificado. Por



eso nuestra vida teologal o divinal comporta esos aspectos dinámicos que llamamos virtudes teologales, para actuar a lo divino, pero actuar nosotros, sostenidos por el aliento sobrenatural divino.

Si Dios nos ha dado a conocer su presencia deificante en nuestros corazones, la presencia y actuación multiforme del santo Pneuma, la misteriosa vida de Cristo en nosotros..., es para que salgamos al encuentro de esa realidad trascendente, es porque quiere que esa realidad sea objeto de nuestro conocimiento y de nuestro amor, de fe y caridad. Si no, ¿para qué decirnoslo?

Parece connatural que una vida cristiana cultivada intensamente: vida teologal de fe y esperanza y amor, actuada de verdad, vida sacramental, eucarística, vida de oración, de meditación amorosa de la palabra divina, vida de caridad fraterna, de abnegación y sacrificio, etc., parece connatural que esa vida adquiera una madurez grande, y se llegue a tomar conciencia de la misma de alguna manera, es decir, de algún modo se registre por aquel que la vive. Hasta dónde y cómo pueda ser y explicarse esa experiencia de la propia identidad cristiana aquí no nos interesa. Únicamente recordamos estos dos principios teológicos, que nos parecen perfectamente coherentes con los datos ciertos de la revelación bíblica y con las experiencias de los autores espirituales mejores.

I) El alma humana de Jesús tiene, evidentemente, la conciencia viva, la experiencia mística, si queremos hablar así, de su filiación divina. Basta repasar el evangelio de San Juan para ver enseguida cómo El se sentía "el Hijo". Su "yo" es el "Yo" del Verbo.

Ahora bien, nosotros participamos de la misma filiación divina suya, por una adopción, no meramente jurídica, sino vital. Somos hijos en y con el Hijo. Por lo tanto, si nosotros dejamos al Espíritu Santo llevar adelante y profundizar nuestra identificación con Jesucristo, *parece consecuente que lleguemos también a participar de esa vivencia que El posee de su filiación divina*. Sentirnos espiritualmente (porque el que lo sea o no sensiblemente es absolutamente accidental, y es además fácilmente engañoso), sentirnos cristos,



sentirnos hijos... "El que me ama, será amado de mi Padre; y yo le amaré y *me manifestaré a él*". (Jn. 14,21). ¡Me revelaré (enfaniso) a él...! Es lo mismo que dice San Pablo del Espíritu: El da en nosotros testimonio de que somos hijos, cristos (Rom. 8,16; Gal. 4,6). Y esto es lo esencial, lo puro esencial, de la *mística cristiana*. No otra cosa. Los fenómenos luego sicosomáticos de que esto pueda o no acompañarse, no tienen importancia especial, y lo dejamos al entretenimiento de los sicólogos. El problema y el hecho es misterio de fe, y de ese ámbito no queremos salirnos. Conciencia tranquila y moralmente segura que Cristo vive en nosotros y nosotros en El, de que somos "cristos vivos" en y con Cristo¹¹.

II) "Permanecer en Cristo" (la fórmula es repetidísima en San Juan) lleva consigo estar con el Padre en la llama del Espíritu Santo. Misticamente el alma aspira en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira en el Hijo y el Hijo en el Padre, aspiración que es el mismo Espíritu Santo. Participadamente por parte del hombre, claro está. Jesucristo nos ha introducido en el abismo del amor infinito. San Juan de la Cruz lo ha cantado, estremecido, en la canción 29 de su *Cántico* y en la 4.^a de su *Llama*.

Pero ¿podemos registrar de alguna manera esa situación maravillosa? Por de pronto la fe nos lo enseña. Lo sabemos por consiguiente en la noche. ¿Nada más...? Es cuestión de avanzar en esa oscuridad "sin otra luz ni guía sino la que en el corazón ardía", luz que es el amor, amor que es así noticia, posición y esperanza de siempre más, al mismo tiempo. Es cuestión de cultivarse en Cristo, como antes dijimos, de ir llegando así a los "levantes de la aurora". Porque al irse cristificando más y más, necesariamente el encuentro con El será cada vez más vivo, la fe más luminosa, el amor más quemante, y la manifestación de Jesucristo ("me manifestaré a él": enfaniso...), más lograda. Entonces El nos revelará íntimamente al Padre y nos infundirá más y más su Espíritu. Habrá esa suave revelación espiritual de la presencia amorosa de los Tres en el alma.

11. Baldomero JIMÉNEZ DUQUE, *Cristo y la mística cristiana*, en TE 20 (1975) 155-185.



Ellos no están allí tan escondidos, tan callados, que quieran pasar desapercibidos. Ellos están allí para que lo sepamos, para que los acojamos, para que los amemos, para dialogar con nosotros. Surgirá así una *experiencia mística* si la queremos llamar así, cuya existencia se comprende que sea, aunque su explicación nos resulte difícil. Todas las categorías humanas fallan. En definitiva se trata de un misterio de vida, que, al hacerlo nosotros problema, se nos escapa. Digase otro tanto de las intensidades y de las irisaciones de esa viva experiencia en cada caso personal. Entran ahí en juego las gracias divinas variadísimas, la psicología de cada uno, las respuestas mejores o peores de los hombres, en una palabra, la libertad divina y la libertad humana al encuentro. Ante el misterio es mejor el asombro y el silencio. Es mejor el amor...¹².

* * *

Todo es obra del amor infinito y misericordioso. "*Dios es caridad*". "...y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom. 5,5).

El santo Pneuma, que Cristo nos ha merecido, actúa incesantemente en la Iglesia, que forma con ese Cristo glorioso el santuario creado del Dios increado y trascendente e infinito. Allí es donde ese divino Espíritu se da a los hombres, personas concretas cada uno.

La Iglesia existe animada por el Espíritu. "Si el Espíritu Santo no estuviera presente, la Iglesia no existiría", ha dicho San Juan Crisóstomo. Y también: "Pentecostés es una fiesta permanente"¹³. Y antes San Ireneo: "Allí donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios; allí, donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia"¹⁴. San Agustín ha dicho lo mismo reiteradamente¹⁵.

Sí, el Espíritu Santo es el que hace esa obra de amor en nosotros, que somos Cristo, que somos Iglesia. El es la "Ila-

12. ORÍGENES, *In Joan.*, I, 30, PG. 14,84; XIII, 25, PG. 14,400...

13. *Sobre la Santa Pent.*, hom. 1, 4 y 1, PG. 50, 459 y 454.

14. *Adv. Haer.*, 3,24,1, PG., 7,966.

15. *In Joan.*, 32,8 y passim.



ma de amor viva” que cristifica, que endiosa. El es el que hace místico nuestro vivir. El que nos habla en la Escritura. El que nos vivifica a través de los divinos misterios litúrgicos. El que da testimonio en nuestros corazones de que El es el Amor y nos ama...¹⁶.

“Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos, conforme a la acción del Señor, que es Espíritu (2 Cor. 3,18).

“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida —pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y que se nos manifestó—, lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Os escribimos esto para que vuestro gozo sea completo” (1 Jn. 1, 1-4).

16. “El Espíritu Santo iluminando a los que están purificados de toda impureza, por la comunión que tienen con él, los hace espirituales. Y así como los cuerpos nítidos, al contacto de la luz, se hacen sobremedida resplandecientes y desde sí mismos fulguran, así las almas que llevan al Espíritu, son por El ilustradas, y ellas mismas son hechas espirituales e irradian gracia en los demás... Por eso aquí se da la semejanza con Dios, y lo que más sublime no puede desearse: que seas hecho Dios. Θεὸν γενέσθαι.” Es decir, deificado. San Basilio, *Sobre el Espíritu Santo*, 9,23, PG. 32,109.